

**Clase, pueblo y “lo popular” en E.P. thompson, R.C. Cobb:
la prensa popular y el despertar de la conciencia de la clase
obrero en Gran Bretaña y Francia**

**Class, people and « the popular »: E.P. Thomson, R.C. Cobb:
popular press and the awakening of working-class
consciouness in Britain and France**

Michael Palmer

Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

Traducción de Bibiana Muñoz Clares

RESUMEN

Este ensayo aborda cuestiones surgidas a raíz de una lectura conjunta de dos grandes historiadores ingleses del siglo XX, Thompson y Cobb, vinculados a historiadores y activistas comunistas, y de mi propia investigación sobre los trabajadores franceses y británicos en Francia en los inicios de la revolución industrial. ¿Cómo se beneficia el estudio de la “prensa popular” de las percepciones de estos trabajadores?

PALABRAS CLAVE: Prensa popular, conciencia de clase, Thompson, Cobb

ABSTRACT

This essay tackles questions raised by a joint-reading of two major English historians of the 20th century, Thompson and Cobb, both of whom had links with communist historians and activists, and by my own research into French and British workers in France at the beginning of the industrial revolution. How does the study of «the popular press» benefit from their insights?

KEY WORDS: Popular Press, class consciouness, Thompson, Cobb

1. UNA GENERACIÓN DE HISTORIADORES SOCIALES BRITÁNICOS

A E.P. Thompson nunca lo conocí. Con Richard Cobb estudié y me apasioné por él. Al uno le leí, al otro le leí y me enorgullecí de tenerlo como amigo. Thompson (1924-1993) y Cobb (1917-1996) tenían personalidades muy distintas. Aunque de modos muy diferentes, ambos trabajaban sobre la “clase obrera”, a la que al menos Cobb jamás hubiera denominado *proletariado*. A ambos, de alguna manera, les preocupaban aquellos que, en palabras de George Orwell, eran “los de abajo”. De maneras muy diferentes, ambos los trajeron de vuelta a la vida, colocaron a los pobres y desprotegidos en el centro de atención de los historiadores franceses y británicos que trabajaban en las postrimerías del siglo XX. Muchos historiadores sociales franceses están en gran deuda con Richard pero éste tuvo pocos discípulos o seguidores y en modo alguno era comunista. La variedad de sus intereses (más bien *pasiones*) y destrezas literarias era, si se puede decir, demasiado ecléctica –tanto Bélgica como Francia, tanto Simenon como Queneau. La obra y el enfoque de Thompson, por el contrario, encuentra ecos en los escritos de Richard Hoggart (1918->), Raymond Williams (1921-88) y numerosos historiadores sociales y culturales británicos. Cobb sobrevivió en la Francia de pre y posguerra con las comidas que le proporcionaban amigos de las cédulas del partido comunista.

El historiador comunista francés de la Revolución de 1789, Albert Soboul, era un amigo muy cercano –¡su llegada a mitad de una tutoría en la que Cobb se encontraba en Oxford pondría final a la tutoría!- mientras que Thompson, con un comportamiento casi aristocrático, luchó con fuerza por causas disidentes, no integradas (incluido el desarme nuclear). En un escrito largo y afectuoso que Cobb dedicó a Soboul, Cobb le da más importancia a las amigas de Soboul (incluidas las comunistas ortodoxas de Alemania del Este) que a sus interpretaciones comunistas sobre historia (Cobb, 1985)¹. En contraste, E.P. Thompson constituyó en 1946 el Grupo de Historiadores del Partido Comunista entre cuyos miembros se encontraban Christopher Hill (1912-2003) y Eric Hobsbawm (1917-2012), el segundo de los cuales lanzaría posteriormente la influyente revista *Past and Present* ². En Oxford, Christopher Hill, que reinterpretó la Inglaterra del siglo XVII y su guerra civil, fue un amigo cercano de Cobb, como lo fue Raymond Carr (1919-), historiador de España y Suecia que, como Cobb, creía: “soy lo suficientemente anticuado y viejo para creer que la

¹ Cobb menciona que Soboul no había leído a Marx.

² Que publicó un artículo de Cobb. El propio *Past and Present* señala que Thompson estuvo ausente de sus páginas durante sus primeros años. Cf. *Past and Present* (1983).

mejor historia es la obra del individuo en soledad”³. Thompson pensaba de otro modo y, pese a que *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra (LFCOI)* la escribió trabajando en soledad –mientras vivía en Siddal, Halifax, oeste de Yorkshire– basó parte del trabajo en sus experiencias con la población local de Halifax y discutió *LFCOI* con otros historiadores ingleses, entre los que se encontraba Cobb⁴.

Un vínculo inesperado entre Thompson y otros muchos historiadores de su generación mencionados hasta ahora –incluido Cobb– es su educación en el “sector privado”, en lo que los ingleses llaman “escuelas públicas”. Muchas de esos historiadores pertenecían a la “low church”⁵. Por su parte, Thompson hace notar la religión metodista de muchos de aquellos a los que estudiaba, al tiempo que nos recuerda que él no es cristiano⁶. Thompson, Cobb, Hill, Williams, Hoggart, Hobsbawm, todos se vieron afectados, de modos distintos, por la Segunda Guerra Mundial. Para concluir, aunque tanto Thompson como Cobb hicieron carrera universitaria, sus actividades, intereses y “pasiones” pesaron más que la Academia.

Trabajando para el *département* de archivos del Sena, Cobb resucitó en las lecciones del colegio Balliol las angustiosas vidas de las campesinas Bretonas que, habiendo emigrado a París, arrastraban una vida infame como prostitutas cerca del Montparnasse antes de saltar desde sus puentes al Sena, en el París central, y cuyos suicidios registraba la policía semianalfabeta de París. Thompson prestaba tanta atención al habla, a las expresiones de los trabajadores neo-industriales de la Gran Bretaña de principios del siglo XIX como el propio Cobb a los campesinos franceses y a los *sans-culottes*. A veces, leyendo a Thompson, uno piensa en los dialectos de Nottinghamshire de las novelas de D.H. Lawrence, cuyo eco se escucha en *The uses of literacy* (1957) de Richard Hoggart. Tanto Thompson como Cobb escribían extremadamente bien y eran maestros en el tratamiento de expresiones profundamente reveladoras. Los dos – como dice Thompson – rompieron “la muralla china que divide el siglo XVIII del XIX y separaron la historia de la agitación de la clase obrera de la historia cultural e intelectual del resto de la nación”⁷.

³ Carr en *The Spectator* en 2007.

⁴ *LFCOI*, prefacio.

⁵ N. del T.: tendencia dentro de la Iglesia Anglicana que se inclina a prácticas más alejadas de los ritos católicos y presta menos importancia a la Iglesia como institución.

⁶ *Ibid.*, p. 918.

⁷ *LFCOI*, p.111.

Para Cobb el pueblo –más bien, los individuos- importaba; era incapaz, decía, de “comprensión alguna del pensamiento abstracto” (Cobb, 1975), a diferencia de Thompson. Quizás Thompson prestaba más atención al cruce de corrientes “jacobinas” británicas y francesas que Cobb a las influencias recíprocas francesas y británicas. Para Cobb, Alemania y los alemanes eran el odiado *alter ego* de Francia. Hasta cierto punto, hay pasajes en *LFCOI* centrados en el Jacobismo, el Radicalismo y el inconformismo religioso en los que los lazos británicos con América adquieren mayor importancia, o tanta importancia, como los vínculos británicos con Francia: la Francia jacobina era anatema de las clases medias británicas. Y Thompson, a diferencia de Cobb, no teme generalizar cuando lo considera apropiado: “la historia de cada sindicato es diferente, pero es posible esbozar el esquema de un modelo general” (p.279). Thompson, como Cobb, resucitó figuras olvidadas:

“Busco rescatar a la pobre calcetera, al cosechador Ludita, al “obsoleto” tejedor manual, al artesano “Utópico” e incluso al seguidor engañado de Joanna Southcott, de la inmensa condescendencia de la posteridad. Sus artesanías y tradiciones pueden haber estado muriendo. Su hostilidad al nuevo industrialismo puede haber sido retrógrada. Sus ideales comunitarios pueden haber sido fantasías. Sus conspiraciones insurrectas pueden haber sido temerarias. Pero vivieron a través de estos tiempos de profundas alteraciones sociales, mientras que nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, permanecen hoy, condenados en sus propias vidas, como víctimas”.

En resumen, Thompson, al igual que Cobb y Carr (ambos no marxistas), se mostraba atento al individuo: incluso cuando, a diferencia de ellos, situaba al individuo en su comunidad; algunos dirían “clase” pero “clase” para Thompson era primordialmente una relación, no una estructura, y la conciencia de clase reflejaba el modo en que las experiencias configuraban una cultura – tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales.

La lectura de Thompson invita a la relectura de Engels, *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844* (1845) (Engels publicaba en alemán). La lectura tanto de Engels como de Thompson conduce a la relectura de Eric Hobsbawm, especialmente sobre el nacimiento de la revolución industrial - concretamente *Industry and Empire* (1968).

De algún modo, Cobb es más intra-europeo, Thompson atlanticista y marxista, y ambos eran muy ingleses, a diferencia del más cosmopolita Hobsbawm. Estas generalizaciones superficiales pueden molestar pero sirven como telón de fondo para nuestros comentarios sobre Thompson.

2. LA INDUSTRIA Y LA NUEVA CLASE OBRERA

En un pasaje en *LFCOI* en el que Thompson cita tanto a Marx como a Engels (p. 208-9), la conclusión es: “vapor e hilado de algodón = nueva clase obrera”. Thompson matiza inmediatamente: por muy preñada que esté la imagen del “oscuro Molino satánico” (usada en el poema de William Blake de 1804 y repetida en innumerables ocasiones desde entonces por aquellos que entonan el himno de “Jerusalén”), la clase obrera incluye la mano de obra tanto antes como después de la revolución industrial. Thompson se interesó por lo que él denomina “una estructura de la experiencia clase obrera” (p.213), alejándose, como más adelante haría⁸, de una mera visión económica de “necesidad” para argumentar que la conciencia de clase está configurada tanto por el proceso productivo como por algo más:

“Y la clase se da cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son diferentes de (y habitualmente opuestos a) los suyos propios. La experiencia de clase está en gran medida determinada por las relaciones productivas en el seno de las cuales nacen los hombres -o en las que se integran de manera involuntaria. La conciencia de clase es el modo en que estas experiencias se manejan en términos culturales: consagradas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como determinada, no ocurre así con la conciencia de clase. Es posible encontrar una lógica en las respuestas de grupos ocupacionales similares que pasan por experiencias similares, pero no podemos predicar una ley. La conciencia de clase surge de manera similar en diferentes momentos y lugares, pero nunca exactamente del mismo modo».

⁸ E.P. Thompson en debate con C.L.R. James, 1983 – YouTube.

Mientras que los molinos de algodón cobraron interés tanto para Engels –que estudiaba la clase obrera de Manchester- como para Thompson (y de hecho también para Hobsbawm), yo pretendo centrarme en los trabajadores del carbón y del metal. Y lo haré en Francia, en los años de 1820. La elegida aquí no es una perspectiva a la que Thompson se dedicara demasiado, en cambio Thompson sí trae a colación puntos en el siguiente pasaje que pueden servir como introducción a nuestras observaciones. Citando a Francis Place (1771- 1854):

“Si el carácter y la conducta del pueblo obrero se ha de extraer de reseñas, revistas, periódicos, informes de las dos Cámaras del Parlamento y de los Comisionados de la Fábrica, nos encontraremos a todos mezclados bajo la denominación de “estamentos inferiores”: el trabajador más cualificado y prudente con los trabajadores y los miserables más ignorantes e imprudentes, aunque la diferencia sea grande e incluso en muchos de los casos apenas admita comparación”.

Thompson añade:

“El lugar, por supuesto, es el correcto: el marinero de Sunderland, el peón irlandés, el vendedor ambulante judío, el mozo interno en un almacén de un pueblo de East Anglia, el compositor de tipos en The Times - todos podrían ser considerados por sus “superiores” como pertenecientes a las “clases más bajas” mientras que entre ellos mismos a duras penas se entenderían en sus correspondientes dialectos”.

Una ausencia tal de inter-comprensión, construida sobre el analfabetismo, debe presentar necesariamente una dificultad probada y duradera.

El brillo y los comentarios de Thompson acerca del lugar ponen de relieve los puntos que abordaremos aquí: la perspectiva de las representaciones impresas “burguesas” minimiza la diversidad de la fuerza de trabajo. Pero ¿cómo habría sido posible acceder a muchas de estas representaciones teniendo en cuenta lo extendido del analfabetismo y la incomprensión mutua que existía entre ellos? El “caso de estudio” del que nos ocuparemos abarca esta dificultad: los trabajadores del metal ingleses y galos en la temprana Francia industrial. Antes de abordarlo y considerando aspectos de las representaciones de la clase trabajadora reflejadas

⁹ LFCOI, p.212.

en las publicaciones periódicas impresas, merece la pena mencionar lo que Thompson tiene que decir sobre William Cobbett (1763 – 1835), que por un lado arremetía contra la corrupción política y la prensa “burguesa” y por otro daba testimonio del impacto de la industrialización y el capitalismo en las vidas ordinarias de la gente. El juicio de Thompson es matizado: en su capítulo sobre “los jornaleros del campo”, “el grupo de trabajadores más numeroso en cualquier industria”, dice que Cobbett era tanto “la mayor tribuna de los trabajadores, tenía mucho apoyo entre los campesinos y en las pequeñas ciudades comerciales” como que “existen dudas de si antes de 1830 eran muchos los jornaleros que conocían su nombre o comprendían aquello de lo que hablaba”¹⁰. Otros han señalado que el precio de venta –un chelín por dieciséis cuartillas – de su *Political Register*, un semanal que apareció casi ininterrumpidamente desde enero de 1802 hasta 1835, estaba fuera del alcance de los lectores medios. Los hombres de clase obrera se asociaban para comprarlo y discutir juntos sus contenidos en locales públicos. La discusión colectiva y la lectura en voz alta para los analfabetos fueron características de “los públicos populares”, en los que se incluyen las clases obreras en Gran Bretaña y Francia desde 1830 en adelante. En cuanto a su periodicidad, probablemente, al principio se disponía con más facilidad de semanales o mensuales que de periódicos diarios. Como advirtió Raymond Williams (1865–1922) en 1961, los dominicales baratos fueron los periódicos ingleses más vendidos desde la década de los 40 (Williams, 1961). Los políticos ocuparon el segundo lugar de una miscelánea de materiales que retrotraen a las formas tradicionales de la literatura popular, incluidas las historias de crímenes.

3. TRABAJADORES BRITÁNICOS EN FRANCIA EN 1820

Con base en Horsely, cerca de Birmingham, las obras metalúrgicas de Aaron Manby utilizaban maquinaria a vapor. Manby (1776-1850) produjo, *inter alia*, puentes de hierro para los canales de Black Country y el primer navío blindado impulsado a vapor que – manufacturado en Horsely, desmontado y después vuelto a ensamblar en el puerto de Londres – cruzó el Canal y bajó el Sena hacia París. Manby empleó a un químico e ingeniero escocés, Daniel Wilson (1790-1849), que primero en Horseley y Londres y más tarde en Charenton, justo a las afueras de París, se convirtió en su mano derecha. En la década de los 20, fue Wilson quien dirigió la diversificación de los intereses industriales de Manby en Francia: desde la producción de máquinas a vapor para el incipiente mercado

¹⁰ *LFCOI*, p. 249

francés y la creación de una compañía de alumbrado a gas en las inmediaciones de París Este, hasta la ambiciosa (en exceso) puesta en marcha de una compañía de metal y carbón en el centro de Francia, en Le Creusot¹¹. Tanto en Charenton como en Le Creusot, Manby-Wilson empleó mano de obra británica y francesa con la intención de que los trabajadores británicos, a menudo empleados previamente en Horsely, contribuyeran a formar a sus homólogos franceses – en lo que más adelante se denominaría “transferencia de tecnología”. Los historiadores económicos ingleses, Chaloner y Henderson, ayudaron a salvar a Manby del olvido¹². Aquí, trabajando a partir de los archivos de la familia Wilson, los de las empresas de Le Creusot, nos basamos en *LFCOI* para formular preguntas acerca de la clase obrera.

Las fuentes ayudan a delimitar las preguntas propuestas. Nuestra visión es desde arriba, no desde abajo: cartas escritas y también dirigidas a Wilson, contratos laborales en Le Creusot, son el prisma a través del cual vemos a los trabajadores. La preocupación por el comportamiento rebelde –¿se puede hablar de “desorden”?– es vital. Es casi accidental que se conozcan las penosas condiciones de trabajo y uno se pregunta: ¿eran “penosas” en comparación con las de otras empresas mineras del metal o el carbón en el resto de la Francia de mediados de la década de 1820? Dos pasajes de *LFCOI* ilustran nuestro punto de vista:

- i) “En las comunidades urbanas y rurales por igual, la conciencia de consumidor precedió a otras formas de antagonismo político o industrial. No los salarios, sino el coste del pan, fue el indicador más sensible del descontento popular” (p.68). En este punto nos aproximamos a los estudios de Cobb sobre las manifestaciones del pan a través de la Francia provincial y hasta cierto punto, del París *sans-culotte*¹³ ;
- ii) “He tratado de distinguir entre la experiencia de diferentes grupos – artesanos, trabajadores a domicilio y jornaleros – y en mostrar cómo venían a actuar, pensar y sentir no según los antiguos modelos parroquianos, cargados con un excesivo respeto y soledad, sino según modelos de clase”¹⁴.

¹¹ Cf. nuestro *La France des Wilson-Grévy*, de pronta aparición.

¹² W.H. Chaloner y W.O. Henderson, “Aaron Manby, builder of the first iron steamship”, Newcomen society, Museo de las Ciencias, Londres, 10/2/1954.

¹³ Al que se refiere Thompson, *LFCOI*, p. 172, n.I.

¹⁴ « Postdata » (Mayo 1968) en *ibid.*, p. 937.

Hacer trabajar juntos a los trabajadores ingleses y a los trabajadores franceses fue arduo en las obras de Charenton, y todavía lo fue más en Le Creusot. No sólo hablaban diferentes idiomas, sino que muchos eran además analfabetos; y para los trabajadores franceses en su mayoría no cualificados de la región de Le Creusot de Francia central, aceptar el liderazgo «británico», unos diez años después de que terminaran las guerras napoleónicas, sin duda debía resultar doloroso. Los contratos laborales fechados desde 1826, con la firma del contratista (a menudo D. Wilson o su sobrino, J. Goodie) y del empleado, han sobrevivido. La firma tenía en muchas ocasiones forma de cruz, signo en sí mismo de analfabetismo. El alcalde de Le Creusot en 1833, después de que Manby-Wilson viera declarada su bancarrota, manifestó: sólo 20 de los 600 mineros sabían leer. La inmensa mayoría de los contratos están en francés. Se escribieron en inglés y firmaron allí dos contratos con John Griffiths, que había trabajado en Charenton. Uno de los contratos en francés, concluido ante notario, se refería a 46 trabajadores franceses que emprenderían su trabajo en Le Creusot por un año a cambio de 1 franco al día, mientras que Manby-Wilson se comprometía a proporcionar alojamiento y manutención¹⁵. Las difíciles condiciones laborales hacían alguna concesión a los diferentes modelos de trabajo franceses y británicos. Rotuladas a la entrada de los lugares de trabajo, las normas para la jornada de 14 horas al día que debían observar todos los jornaleros distinguían a veces entre los que trabajaban dentro y fuera de la fábrica y entre los trabajadores franceses y británicos. “El trabajo comenzará a las cinco de la mañana durante todo el año; finaliza al anochecer en invierno y nunca antes de las siete de la tarde en verano”. El almuerzo era entre las nueve y las diez de la mañana para todo el mundo. La pausa para el té (*le goûter*) era a la una del mediodía para la fuerza de trabajo inglesa, a las dos para los demás. ¿Era esto respetar las diferentes culturas o mantener a las fuerzas de trabajo separadas? Una indicación final advierte: “cualquier trabajador encontrado en el café o cabaret durante las horas de trabajo se arriesga a ser penalizado con una multa de un franco por vez”¹⁶.

Hay razones para creer que Griffiths y otros trabajadores británicos formaron lo que se solía llamar “la aristocracia del trabajo” pues como experimentados ferrones, que sabían cómo separar el carbón del mineral de hierro, instruían a los colegas franceses.

¹⁵ Algunas de las viviendas Manby-Wilson que se construyeron todavía perviven.

¹⁶ Etablissement du Creusot. Mines de Houille et Fonderies Royales. Règlement. Arrêté au Creusot, le 15.10.1826. Signé Manby, Wilson et Cie. Arquivos de la Académie François Bourdon, Le Creusot.

Presumiblemente, en ocasiones también discutían sus experiencias y condiciones de trabajo en otros lugares. ¿Contribuyó esto a perfilar una “conciencia política”? Lo que sabemos es que las obras maestras del hierro y el carbón en Francia correspondían a trabajadores que se trasladaban, o huían, de una obra a otra; la correspondencia de Wilson contiene referencias a esto. También se refiere al “servicio pastoral”. En Charenton, con una fuerza de trabajo de 640 personas, un pastor cubría las necesidades espirituales de los trabajadores. Tanto en Charenton como en le Creusot, a los patronos les preocupaba la excesiva entrega de los trabajadores ingleses al vino francés. ¿Acaso ayudaba el vino a aflojar la lengua y a que el trabajador francés y británico largara sus quejas incluso hasta el punto de crear una conciencia de clase común?

4. FERROCARRILES, PERIÓDICOS Y CONCIENCIA DE CLASE TRABAJADORA EN LA FRANCIA DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

“Con los ferrocarriles”, escribe Hobsbawm, “Gran Bretaña... entró de lleno en el período de industrialización” (Hobsbawm, 1961, p. 98). Los ferrocarriles posibilitaron, *inter alia*, la distribución de periódicos diarios por toda la nación, lo cual no ocurrió de la noche a la mañana sino a lo largo de un proceso que duró unos cincuenta años. Pero, primero en Francia, más tarde en Gran Bretaña, *le journal qui parle* - un periódico que imitaba un estilo vernacular popular y discutía asuntos y novedades dirigidos a un público popular, con ficción en serie a modo de “opio para el pueblo” y que fue pregonado de un extremo al otro del país por un precio miserable (5 céntimos en Francia, 1863; 0,5 libras en Gran Bretaña, 1896)- llegó en ferrocarril a poblaciones tanto rurales como urbanas durante finales del siglo XIX¹⁷. Hay razones para creer que la clase obrera viajaba en ferrocarril menos que la clase media. Las mercancías –la comida y los productos para las gentes de todas las clases que vivían en importantes ciudades y periferias– recorrían todo el país contribuyendo a crear los mercados nacionales de “consumidores” –el vino barato del sudeste de Francia llegaba por tanto a París. En Francia, los periódicos baratos que viajaban como mercancía a granel (conforme a una tarifa que le fue favorable desde 1856 en adelante) se

¹⁷ El magnate periodístico británico Alfred Harmsworth (1865–1922), futuro lord Northcliffe, advertía en su diario, en 1894 durante una visita a París, su sorpresa ante la dependencia de los diarios populares franceses de la roman-feuilleton, o las publicaciones en serie populares, que en un juego engorroso pronunciaba “fooliton”. Cf. Palmer (1996).

despachaban desde París y, más tarde, desde las grandes ciudades regionales hacia los mercados provinciales de la periferia. Al principio, eludían la política. E incluso después de 1870 y 1881, cuando se eliminaron los impuestos de timbre sobre los periódicos baratos en Francia¹⁸, los “diarios populares” que proliferaron rápidamente no recordaban en modo alguno a la gran prensa no timbrada, comprometida políticamente, de la Gran Bretaña de principios del siglo XIX; como hemos señalado, Thompson dedicó muchos pasajes al *Political register* de William Cobbett. A pesar de la existencia de muchos periódicos políticamente militantes en Francia, los diarios de gran distribución, desde *Le Petit Journal* (desde 1863), por lo general evitaban las polémicas y de alguna manera, eran más bien periódicos de noticias que de opinión. Puede que ayudaran en el proceso gradual de ganarse a las comunidades rurales para la república en los años 70, pero su “moderación” contrastaba con la violencia de los periódicos militantes de pequeña circulación, de izquierdas y derechas –ya fueran socialistas o radicales, monárquicos o bonapartistas. Fueron estos “petits journaux” ostensiblemente moderados los que, sobre la base de unas cuotas de alfabetización en alza, en la que aún era una Francia rural predominantemente centrada en la agricultura, contribuyeron a despertar una cierta conciencia política entre aquellos que habían sido respetados durante mucho tiempo en una sociedad rural relativamente jerarquizada (Palmer, 1983).

5. ¿QUÉ RELACIÓN GUARDA ESTO CON LFCOI?

Thompson estudiaba lo que fue un proceso que duró al menos más de medio siglo. Francia se industrializó con posterioridad a Gran Bretaña y el paso de una economía centrada en la agricultura a una economía industrial llevó mucho más tiempo¹⁹. Gran parte del debate sumamente tenso en París y algunas otras grandes ciudades – cubierto por periódicos de gran formato, costosos y de corta distribución- tuvo poca repercusión en las ciudades francesas de, digamos, menos de 50000 ó 60000 habitantes y en las pequeñas *comunas*; muchos franceses de mediados del siglo XIX vivían en comunidades de 2000 personas o menos. Muchos historiadores sociales de Francia –y Thompson, cuando habla de la clase obrera inglesa- sugieren prestar atención a los medios de comunicación para determinar cómo emergió o se incrementó la conciencia política y de clase. ¿Contribuyó a este proceso la mano de obra británica trasladada a Francia? Los ferrocarriles – la firma Manby-Wilson Le Creusot produjo raíles de hierro para la

¹⁸ En Gran Bretaña el proceso tuvo lugar entre 1853 y 1861.

¹⁹ Cf. Kindlberger (1964) y Crouzet (1985).

naciente red de ferrocarriles en Francia– contribuyeron a distribuir periódicos baratos -mayoritariamente con base en París- por toda la nación. Muchos de los títulos de larga distribución ayudaron a familiarizar a las comunidades con “los asuntos nacionales” más que a formar una conciencia política o, incluso una conciencia de clase. De hecho, algunos – incluido *Le Petit Journal* (1863->), de mayor circulación- más que ayudar a crear conciencia de clase se limitaban a pregonar las virtudes de un tipo de auto-ayuda: *aide-toi, le Ciel t’aidera*. La palabra clave, como se ha ejemplificado en los nombres o titulares de tantos diarios populares era “*petit*”: “*les petites gens*” son gentes sobre todo modestas, que asumen su baja suerte.

“Traerlos de vuelta a la vida”; “ponerlos en contexto –y definir ese contexto”. De esto se ocupaba Thompson. A Cobb le preocupaba igualmente lo primero y quizás en menor medida lo segundo. Thompson era además un militante, preocupado por combatir lo que, para su generación, era la principal amenaza para la humanidad –el armamento nuclear. Thompson es todavía mucho más leído y aparece en las listas de lecturas universitarias; Cobb mucho menos, pese a su obra maestra *Les armées révolutionnaires*, publicada a principios de la década de 1960.

6. FUENTES, PERIÓDICOS Y CLASE OBRERA POLITIZADA

En la postdata fechada en mayo de 1968 y en el capítulo final – “conciencia de clase” - de *LFCOI*, Thompson pone el acento en que

“la clase es una formación social y cultural...que no puede ser definida en términos abstractos o de forma aislada sino sólo en términos de relación con otras clases;...la definición sólo puede alcanzarse en el ámbito del tiempo – es decir, acción y reacción, cambio y conflicto. Cuando hablamos de una clase, pensamos en un cuerpo vagamente definido cuyas gentes comparten el mismo conglomerado de intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistema de valores, que muestran una disposición a comportarse como clase, a definirse ellos mismos en relación con otros grupos en formas de clase. Pero la clase misma no es cosa, es suceso”²⁰.

²⁰ *LFCOI*, p.939.

Por tanto, al escribir, Thompson aboga por las percepciones de la formación de clase a lo largo del tiempo y subraya la noción de “suceso”. Ambos términos pueden parecer antagonistas pero no lo son.

Además, Thompson reúne y maneja una amplia variedad de material original al argumentar su tesis; el argumento mismo es el del historiador que se distancia del fenómeno o proceso que estudia. Mucho del material al que recurre refleja, como lo expresó Asa Briggs en una ocasión, “la cultura del autoaprendizaje”. Las palabras son artefactos. Gran parte del lenguaje al que se refieren Thompson y la mayoría de los historiadores de los pueblos en los períodos y países que estamos examinando era expresado en versión impresa o de otros modos por gente que era cuando menos semianalfabeta. Los ejercicios de historia oral no pueden ayudar a captar esas “voces distantes” de Francia y Gran Bretaña de principios del siglo XIX. Los medios impresos son el prisma de las percepciones burguesas predominantemente sobre “los grandes impuros”²¹. Thompson recurre a palabras del articulado “autoaprendizaje”, al que se le da voz en imprenta. Usa, *inter alia*, *the Poor Man’s Guardian*, *the Poor Man’s Advocate*, *the Working Man’s Friend*, *etc*, así como la prensa burguesa. Usa, en resumen, material de la “prensa no registrada”: este vector de expresión utilizado por aquellos que desafiaron a la policía y a otras autoridades manejando periódicos ilegales “radicales”²² alcanzaba probablemente una mayor distribución en ciudades como Birmingham, Manchester, Leeds y Liverpool a mediados de la década de 1830 que los diarios que pagaban el impuesto de timbre, como *The Times*²³. Thompson consultó unos 50 periódicos “Jacobininos, Radicales, Sindicalistas (y) Owenistas” del período de 1790 a principios de 1830²⁴. Es en los capítulos que cierran *LFCOI* en los que cita mayormente estas publicaciones “Radicales”. Pero lo hace de un modo sutil: “He intentado distinguir entre las experiencias de diferentes grupos – artesanos, trabajadores a domicilio y jornaleros – y mostrar cómo venían a actuar, pensar y sentir no al viejo modo respetuoso y de aislamiento parroquiano, sino con maneras de clase”. Este es un ejercicio delicado y Thompson, cuando cita de publicaciones no registradas y otros medios impresos “Radicales” evita en gran medida “la jerga de los titulares periodísticos

²¹ Término acuñado por el novelista y dramaturgo victoriano de clase alta Edward Bulwer-Lytton en su novela de 1830, *Paul Clifford*, para designar a “las clases vulgares, más bajas o *hoi polloi*”.

²² En su significado más amplio. *The Poor Man’s Guardian* (18 June 1831) sostenía: “Abajo la pobreza”. Cf. Conboy (2004, p. 105).

²³ Harrison (1974, p. 94).

²⁴ *LFCOI*, p.942 .

extremistas, la sangre y el estruendo” en favor de una visión más matizada de aquellos que, como James ‘Bronterre’ O’Brien (1805-64), editor del *Poor Man’s Guardian*²⁵, usaban tal lenguaje.

En Francia, como en Gran Bretaña, estas “voces distantes” son de difícil acceso y todavía peor interpretación. Aquí, cuando se refiere al experimento Manby-Wilson de “cooperación” franco-británica o al despegue de los “periódicos populares” en Francia, nos hacemos conscientes, cuando observamos a la fuerza obrera, de lo que podría haberse denominado “espejos distorsionantes”, bien sea mediante contratos, normas y regulaciones en Le Creusot o por medio de comentarios de la prensa popular –fundamentalmente en boca de periodistas la mayoría de los cuales eran burgueses o de otros comentaristas. Cuando los controles estatales sobre la prensa desaparecieron en gran parte –el hecho simbólico ocurrió con la ley de prensa del 29 de julio de 1881–, la tarea de arrojar luz ocasionalmente sobre las actitudes de la audiencia popular –incluida la fuerza obrera industrial– quedó en manos de los archivos de las compañías periodísticas. Pero si “popular” va a ser igualado a “les petites gens”, como se ha argumentado arriba, entonces, la mayoría de esta “audiencia popular” estaba fundamentalmente localizada en la Francia agrícola y de provincias²⁶. Esto no significa negar la importancia de las publicaciones de audiencia urbana e industrial ni de las publicaciones socialistas, radicales-socialistas y de “extrema izquierda”. Pero se puede argumentar justificadamente que hasta la década de 1880, estas últimas tenían una audiencia limitada, aunque vibrante. Tres figuras políticas sintetizan de algún modo el problema. Léon Gambetta (1838-82) cambió su posición en 1869 de candidato radical en oposición al segundo imperio de Bonaparte, Louis-Napoleon, a cabeza de un gobierno republicano (de corta vida) en 1881-2. En un discurso de inauguración en Grenoble en 1872, habló del advenimiento de nuevas capas o estratos sociales –‘*les nouvelles couches sociales*’. Pero también habló de su animadversión al término “clase”: no quería circunscribirse a los límites de la burguesía –a la cual Francia debía tanto desde 1789. Gambetta fue el motor de un diario, *la République française*, lanzado en 1871, que él consideraba el campo de entrenamiento para aquellos que ejercerían el poder en la república que se instauraría por completo en los años venideros; este diario tenía un compañero “popular” a 5 céntimos cuya tirada a veces excedía los 150000 ejemplares pero que tuvo un corto recorrido. La segunda figura es Jules Guesde (1845-1922), uno de los más efectivos proselitistas de los

²⁵ LFCOI, pp .903-5.

²⁶ Cf. *inter alia*, Albert (1980); Amaury (1972); Bellanger et al. (1972) y Palmer (1983).

escritos de Karl Marx en Francia. Fomentó el socialismo francés, especialmente en la Francia industrializada del norte. Pero nunca lideró un periódico “popular” importante que tuviera un éxito prolongado. En aquellos momentos, los diarios “populares” en Francia eran negocios capitalistas. El diario socialista lanzado en 1904, *L’Humanité*, de Jean Jaurès (1859-1914), pretendía invertir esta tendencia pero también experimentó durante mucho tiempo innumerables problemas financieros –era más un órgano de intelectuales socialistas que un diario popular. En Francia, como en Gran Bretaña, no fue hasta el siglo XX cuando emergieron los diarios populares en consonancia con la clase obrera, algunos de los cuales alcanzaron el éxito en un contexto capitalista. Con esto no pretendo negar que los esfuerzos acumulados de generaciones de periódicos y diarios sucesivos radicales y socialistas contribuyeran a modelar una conciencia de clase politizada. También se podría argumentar –aunque sea definitivamente controvertido- que pese a la retórica comunista²⁷ y marxista y los análisis de la lucha de clases, la “clase” fue un rasgo distintivo menos potente de la Francia del siglo XX de lo que lo fue en Gran Bretaña.

La expresión de la opinión de la clase obrera en los medios en la Francia y la Gran Bretaña del siglo XIX no es fácil de bosquejar. El filtro de los medios “burgueses” es difícil de esquivar. Sin embargo, los historiadores sociales, los historiadores de los medios tratan de acceder a las noticias y las visiones de la clase trabajadora, con diferentes grados de éxito. Thompson y Cobb investigaron períodos previos al advenimiento de los periódicos de distribución de masas. Su obra contribuye a ilustrar aquellos que buscan escuchar a “las voces populares” del pasado.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERT, P. (1980): *Histoire de la presse périodique nationale au début de la 111è République (1871-1879)*, Atelier de reproduction des thèses, 2 tomos, París.
- AMAURY, F. (1972) : *Histoire du plus grand quotidien de la IIIè République. Le Petit Parisien, 1876-1944*, P.U.F., 2 vols., París.
- BELLANGER, Cl. et al. (1972) : *Histoire générale de la presse française*, P.U.F., París.

²⁷ En Francia, tras la escisión entre socialistas y comunistas, en 1920, *L’Humanité* se convirtió en el instrumento del Partido Comunista francés.

- COBB, R. (1975/1985): *A classical education*, Chatto and Windus: Hogarth Press, London.
- COBB, R. (1985): *People and Places*, Oxford University Press, Oxford.
- CONBOY, M. (2004): *Journalism: a critical history*, Sage, London.
- CROUZET, Fr. (1985): *De la supériorité de l'Angleterre sur la France*, Perrin, París.
- HARRISON, S. (1974) : *Poor men 's guardians*, Lawrence and Wishart, London.
- HOBSBAWM, E. (1968): *Industry and empire*, Pelican, London.
- KINDLBERGER, C. P. (1964) : *Economic growth in France and Britain, 1851-1940*, Cambridge Mass., Harvard.
- Past and Present (1983) : "Origins and early years", *Past and Present*, nº 100.
- PALMER, M. B. (1983): *Des petits journaux aux grandes agences. Naissance du journalisme moderne*, Aubier, París.
- PALMER, M. B. (1996): "Newspapers in chains : Northcliffe,s simultaneous newspaper", *Revue Française de Civilisation Britannique*, Crecib, Nueva Universidad de la Sorbona.
- WILLIAMS, R. (1961): *The long revolution*, Chatto and Windus, London.

Recibido: 12 de junio de 2013

Aceptado: 4 de septiembre de 2013

Michael Palmer es profesor de Ciencias de la Información y la Comunicación en la Universidad de París III - Sorbonne Nouvelle. Communication Manager Team, Información, Medios (CIM-EA 1484 desde 1995). Temas de investigación: Agencias de Noticias, Comunicación Internacional, culturas, identidades y lenguas.